

más auténticas. Que a la gente le guste esta película legítima de alguna forma una manera de hacer cine que está menospreciada. Me acuerdo del final de *Pickpocket*, de Robert Bresson, cuando dice el protagonista: «Todo lo que hemos tenido que hacer para llegar hasta aquí». Cada película ha sido un camino de aprendizaje y me ha permitido aprender cuál es mi lugar como cineasta.

— **¿Por qué eligió la figura del pirómano para vertebrar la ficción?**

— Me pareció bastante rock and roll, ese hombre que quema el mundo. Al mismo tiempo quería coger una figura denostada, demonizada por la sociedad para analizar su complejidad sin juicios. En realidad, todos somos pirómanos en este mundo. Consumimos de forma cochina.

— **¿Qué se siente cuando se está en medio de un incendio?**

— Sientes dolor, sientes la muerte, convives con ella. En la vida, perseguimos el fuego o escapamos de él.

— **En los últimos años, muchos directores jóvenes han regresado al medio rural para reivindicarlo, ¿por qué cree que está ocurriendo eso?**

— Yo creo que el mundo está desesperado y los cineastas somos un poco como sismógrafos, tenemos la percepción adelantada de que va a llegar un tsunami y que hay que escapar. Tenemos la sensación de que eso se acaba, nuestra cabeza nos dice que no es posible reorientar la decadencia a la que hemos llegado.

— **¿Cree que volver a las raíces es la única posibilidad de salvarnos?**

— Hay que desandar y mirar al pasado para hacerlo presente. La libertad que el progreso nos ha vendido nos ha conducido hasta aquí. La libertad es algo diferente para cada uno. Yo creo en la libertad del alma.

— **¿Cuál sería la dialéctica para usted entre el campo y la ciudad?**

— Esa dialéctica ya no existe, de la misma manera que tampoco Oriente y Occidente, la tradición y la modernidad. Yo creo que a todos nos une una misma cosa: no queremos sufrir. Y estamos en una sociedad que intenta escapar del dolor, de la muerte, cuando es algo que es irreversible y es a lo que estamos abocados. Intentamos ganar a la naturaleza y eso es un fracaso.

— **¿Usted le tiene miedo a la muerte?**

— Para nada. Cuando muera, tengo ganas de ser un castaño. ≡



Alice Waddington, en Madrid esta semana.

Heroínas rebeldes

La bilbaína Alice Waddington debuta con la distopía feminista 'Paradise Hills', un ejercicio de desbordante imaginación visual

B. M.
MADRID

Alice Waddington (Bilbao, 1990) acaba de estrenar una de esas deliciosas rarezas llamadas a convertirse en un clásico de culto de nuestro cine. Se llama *Paradise Hills* y en ella la joven directora ha vertido todo su amor hacia el género fantástico a través de la historia de un grupo de jóvenes encerradas en un internado donde se intentan corregir sus defectos y anular su personalidad a base de una terapia represiva.

Nos encontramos en el terreno de la distopía, de la ciencia ficción bizarra en la que también se cuecen reflexiones en torno a la dictadura de la imagen y la necesidad de romper con las cadenas del heteropatriarcado. Aquí no hay príncipes azules y sí un canto a la sororidad y al empoderamiento femenino.

«Es un cuento que trata sobre la libertad individual, sobre ser uno mismo por encima de las imposiciones sociales», cuenta Alice Waddington a EL PERIÓDICO. «Las redes sociales parecen decir a los jóvenes cómo tienen que ser, se vende una imagen de perfección que puede llegar a ser muy nociva y que es una gran mentira. Les están diciendo a los

jóvenes que nunca van a ser lo suficientemente guapos y populares. Desde ese punto de vista, podríamos considerar *Paradise Hills* como una distopía orwelliana para adolescentes».

Aunque se trata de su ópera prima, la directora lleva trabajando desde los 16 años en el audiovisual en todos los departamentos: fotografía, vestuario o dirección artística. También en el mundo de la moda y en la publicidad, aprendiendo las herramientas necesarias para componer desde cero todo ese mundo de desbordante imaginación visual que aparece en la película y que se compone de todo un cóctel de referencias que definen el estilo de Waddington, que nos lleva de la época victoriana a los videojuegos de *Final Fantasy*.

Reparto internacional

«He tenido la suerte de trabajar con un equipo con una creatividad maravillosa. Con la directora de arte Laia Colet buscamos localizaciones reales para convertirlas en espacios retrofuturistas mezclados con referencias al brutalismo o la arquitectura mozárabe. Y con Alberto Valcárcel, jefe de vestuario, buscamos inspiración en el ballet y en la ópera, en la corsete-

ría del siglo XIV, pero también en videos de Grace Jones. Un todo vale muy liberador».

Además de su espectacular planteamiento estético, *Paradise Hills* cuenta con un reparto internacional formado por nuevos rostros del *star system millennial* de Hollywood, como Emma Roberts, Eiza González y Awkwafina, y la presencia de una Milla Jovovich convertida en una mezcla entre la bruja de Blancanieves y la señorita Rottenmeier. «Han sido todas muy generosas. Ha sido toda una lección para mí trabajar con ellas».

Paradise Hills, que cuenta con la participación de Nacho Vigalondo en el guion, es la constatación de que se puede hacer un cine diferente, a medio camino entre lo comercial y lo *indie*, en nuestro país y con muchas dosis de atrevimiento. «A veces sentimos un poco de vergüenza de nuestra propia capacidad creativa a la hora de generar industria, y es un estigma que debería desaparecer». *Paradise Hills* se presentó en Sundance y acaba de pasar por Sitges, demostrando el poder de fascinación (o rechazo) que provoca una película que se atreve a desafiar los límites de lo convencional, como sus propias heroínas rebeldes. ≡

i deas

Jordi
Puntí



El otoño de Ali Smith

Entre los muchos géneros que vertebran la ficción universal, hay uno que es cada vez más raro: las novelas con personajes que leen. Y aún podemos hallar un subgénero único: las novelas donde los protagonistas leen una novela de Charles Dickens. Pienso en *Salir a robar caballos*, de Per Petterson, donde las obras de Dickens, dice el narrador, son «una larga balada procedente de un mundo que ha desaparecido», tan distintas (en apariencia) del mundo en que vive él. O pienso en un rastro más evidente: *Las normas de la casa de la sidra*, de John Irving, donde el doctor Larch, que dirige un orfanato, es ávido lector de David Copperfield; y me imagino a Irving incapaz de resistirse a la tentación de hacerle leer a Dickens, pese a la redundancia.

En la reciente *Tardor*, de Ali Smith (Raig Verd, traducción al catalán por Dolors Udina), la narradora lee *Historia de dos ciudades*, y la primera frase de la novela corrige a Dickens: «Era el peor de los tiempos, era el peor de los tiempos». No hay alternativa, pues, en el presente de la Inglaterra que describe. Situada justo después del referéndum del *brexit*, la novela nos da a entender que aquella sociedad dickensiana quizás no ha desaparecido del todo, sino que se ha transformado en algo peor, víctima de la decadencia moral y política. «Estamos en un tiempo en que la gente dice cosas para que las escuche alguien, pero nada acaba convirtiéndose en diálogo. Es el fin del diálogo», escribe, y pensamos que habla de nosotros.

La protagonista de *Tardor* lee otros libros, como las *Metamorfosis* de Ovidio o *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, que resuenan con ironía en una escena burocrática, cuando la narradora renueva el pasaporte. Ali Smith escribe con humor y delicadeza, muy cerca de sus personajes. El elogio de la amistad continuada y las relaciones de afecto son más relevantes con el trasfondo de este declive ideológico actual, al tiempo que transmiten una calma beligerante en temas como la identidad sexual. *Tardor* es el primer paso de un proyecto en cuatro partes, uno por estación, y ya esperamos los siguientes con entusiasmo. ≡